

Entonces y hoy

(Al correr de la pluma)



JOSEFA MURILLO

Lector, ¿se acuerda usted de aquel entonces? O lo que es lo mismo ¿ha pasado ya de los cincuenta y pico?... ¿sí?... Pues quiera Dios o mi suerte que no participe usted de las ideas y opiniones de mi compadre Chepe y mi comadre Pancha; pero si es usted un crítico católico-romano de las costumbres del día; si suspira usted por aquel entonces, me encomiendo a Dios y sigo dejando correr la pluma, pero empecé por acabar y salirme con mi gusto.

Mi compadre Chepe lleva encima todo el tiempo que ha transcurrido desde el año 1821 hasta hoy. No le contaré las canas y las arrugas para darlo a conocer, porque basta la edad que tiene, y añadir que usa sombrero ancho, camisa blanca y pantalón de dril, un poco arriba del tobillo, y que usa calzones de raso, medias de seda y zapatos con hebillas, si no temiera la rechifla de los muchachos. Por el año 1840, se enamoró de Pancha en un paseo que hubo al Cerro del Limonar, punto de reunión donde la sencilla juventud de entonces jugaba al sol, sol, a la gallina ciega, al paniquesito y a la sortija del amor.

¡Cómo han variado los tiempos! Ahora ni los chiquillos se entretienen en esos juegos; y si se viera a un grupo de jóvenes de ambos sexos, correr unos tras otros, alcanzarse, asirse de las manos reunirse y formar estrecha y apretada rueda, ¿qué no forjara, qué no inventar, qué no dijera la desalmada malicia de la presente generación? Han variado tanto los tiempos, que ahora, en cuanto ven a un hombre abrazar a una muchacha, ya piensan que es por malo.

Yo no sé si fue en la gallina ciega o en el paniquesito, cuando Chepe tuvo ocasión de estar muy juntito a Pancha, y decirle al oído:

—¿Me recibes una carta?

—Sí —contestó ella, poniéndose muy colorada.

Aquí fueron los apuros de Chepe, porque la tal carta aún no estaba hecha, y nuestro amigo el barbero, que era el director en jefe de las correspondencias amorosas, había salido ese mismo día para Amatlán a poner unos cáusticos a un enfermo de tabardillo. ¡Hasta las enfermedades han variado! ¡Quién se muere ahora de tabardillo, insulto,



garrotillo u otra enfermedad de las que antes se usaban?
¡Nadie!

Chepe le rogó a Dios que el enfermo sanara o se muriera pronto, y preguntó a Pancha:

—¿Cuándo?

—Pasado mañana en misa de cuatro, porque ahora nos van a ver.

¡Chepe respiró! Mas no se crea que no fuera él capaz de hacer una carta, lo que le arredraba era el hacer versos, y en el año 1840, o se enamoraba en versos... o no se enamoraba.

Por fin, al otro día vino el barbero, y enterado de los apuros de su amigo, le dijo: —No tengas cuidado, que a las seis de la tarde tienes en tu poder las poesías.

En efecto, entre siete y ocho Chepe acaba de copiar unos magníficos versos que empezaban:

Navegando en una lancha,
Pancha,
Te confesé mis amores.

No había habido tal navegación en lancha, ni le había confesado aún sus amores; pero lo indispensable, expresivo y sonoro en la poesía de aquel entonces consistía en aconsonantar el nombre de la dama, fuera como fuera, y saliera el sol por Antequera. La que se llamaba Isabel, ya sabía que su amante le era fiel; la que Manuela, tenía la seguridad de ser comparada con la flor de la canela, y así por el estilo.

Pero no nos apartemos de la historia.

Pancha fue a misa de cuatro el día prefijado, recibió fácilmente la carta, la leyó al llegar a su casa, y aplazó la contestación para cuando tuviera lugar. Este lugar se presentó mientras su mamá iba a misa de once y su padrecito don Feliciano limpiaba el arcabuz que había usado el año de la insurgencia. Aquel arcabuz y los que había en la alcaldía eran los únicos conocidos en la población, en aquellos dichosísimos tiempos, cuando bastaba un solo alguacil para conservar el orden público, y cuando las gentes no se mataban, o se mataban a machetazos, sin el escándalo que producen las malditas pistolas. Quiso la suerte que don Feliciano, cansado de su faena, sintiera sed, y gritara: —Pancha, una poca de agua.

Y Pancha no contestó.

—¡Pancha! ¿No oyes?...

El mismo silencio...

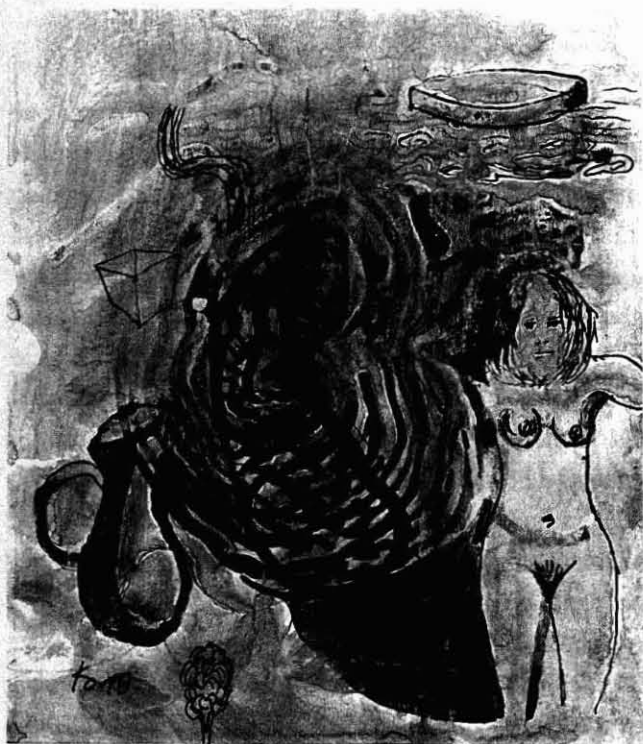
Ya el ex soldado insurgente se desataba la correa que sujetaba sus pantalones, e iba indudablemente en busca de su hija, cuando ésta apareció pálida y temblorosa, llevando un vaso de agua en las manos... ¡manchadas de tinta! No era ciego su padrecito y preguntó las causas de aquellas manchas; ella respondía mal y turbadamente... Don Feliciano, entonces, acarició con la correa las espaldas de su hija, y siguió acariciando con todas sus fuerzas, hasta que obtuvo una confesión clara y satisfactoria, y hubo en su poder el cuerpo del delito: ¡el borrador de Pancha!

“Estimado Chepe: me han gustado mucho los verso que me mandaste y si quieres que te quiera debes hablar con mi padrecito pero ya sabes que testimo...”

¿Podía darse insolencia mayor?...

Aquello mereció otra docena de correazos, con prohibición absoluta de salir al corredor, y recado al novio, que, si volvía a pasar por enfrente, emplearía con él el arcabuz de la insurgencia. A la sazón volvía de misa la mamá, y enterada del asunto, dijo que ella no consentiría en aquellas relaciones, porque sabía que Chepe no se había confesado en la última misión; que leía *El conde de Montecristo* y otras obras prohibidas, y no se hincaba al pasar el viático... ¡Ah, si los padres hubieran tenido siempre ese cuidado, no lamentaríamos hoy la falta de fe y la corrupción de las costumbres!





¿Quién hace caso ahora de la censura eclesiástica? ¿Quién consulta con el cura antes de leer una obra nueva? ¿En qué biblioteca están aquellos libros que se llaman instrucciones generales en forma de catecismo y biblioteca portátil de los padres de la Iglesia?...

¿Y qué señorita del día se resignará, como se resignó Pancha, con la voluntad de sus padres?... De ese modo se lamentan mis compadres cuando refieren la historia de sus amores, la cual terminan diciendo que don Feliciano consintió, pero no dicen cómo.

Este cómo yo lo sé también como ellos.

En aquel entonces, todo el alumbrado público de Tlaxotalpan consistía en unos farolitos que los vecinos pudientes y de buena voluntad colgaban en los pilares de sus casas. Los tales faroles se apagaban a las nueve de la noche, y sólo uno que otro, cuyos dueños gozaban gran fama de trasnochadores, estaban encendidos hasta la una o dos de la mañana.

En aquellas noches oscuras como ciertas inteligencias, solían aparecerse blancos fantasmas, negros trasgos, pardos duendes, azuladas luces y calaveras de ojos de fuego.

Estas tales visiones y apariciones dieron en rondar la casa de don Feliciano, donde se oían a deshora quejidos lúgubres, sonar de campanillas y rezos y salmodias. El ex soldado insurgente no se atrevía a vérselas con gentes de la otra vida, porque sabía que nada puede hacerse contra seres intangibles; y se contentaba, cuando escuchaba aquellos extraños ruidos, con envolverse en su sábana hasta la cabeza y rezar un sudario por el eterno descanso de las benditas ánimas del Purgatorio...

Algún tiempo después de estos espantables sucesos no sólo consintió don Feliciano en las relaciones de Pancha y Chepe; sino que exigió, arcabuz en mano, que el matrimonio se verificara lo más pronto posible.

No sé yo quien diga cuántos días mediaron entre la verificación del matrimonio y el nacimiento de un duendecito al cual llevé a la pila bautismal, para que se llamara José como su padre y como el castísimo patriarca.

¡Vea usted qué diferencia entre entonces y hoy! En estos tiempos de corrupción y de malicia se están olvidando hasta los nombres del calendario: Aníbal, Césares, Américos han venido a sustituir a José, Francisco, etcétera. ¿Qué diría de estas cosas el padre Camesella?...

Si Chepito se hubiera logrado, hubiera salido en lectura, y hasta en poesía, más adelantado que su papá puesto que a la edad de siete años, época en que lo arrebató el garrotillo, era un gusto ver cómo se sabía de memoria desde el renglón valiente hasta el Todo fiel, y deletreaba ya claramente: L, o, s... Los... a, r, ar... t, i, ti... c, u, cu... l, o, s... los. ¡Los artículos! d, e, de... l, a, la... f, e, fe... ¡Los artículos de la fe!

—¿Para qué fue creado el hombre?

—Para amar y servir a Dios en esta vida y después verle y gozarle en la otra.

¿Y qué enseñan hoy en las escuelas municipales? Gramática, aritmética, geografía...

¿Y qué necesidad hay para la salvación de aprender lo que es verbo, de conocer la regla de tres, o de saber que la tierra es redonda?

Todos esos conocimientos elementales conducen, inevitablemente, a negar las grandes verdades de la Biblia: hay niños de diez años que no creen que Josué detuviera el sol en medio de su carrera.

De esas ideas al pacto con el Diablo hay sólo un paso; del pacto con el Diablo han resultado multitud de descubrimientos dañosos para la humanidad: el movimiento de los astros, para que asusten a uno con predicciones de eclipses y cometas; la imprenta, para que se publiquen periódicos impíos; la navegación por vapor, para que sucedan desgracias como la del *Cué*; los ferrocarriles, para que haya descarrilamientos; el telégrafo, para que a mi comadre le den ataques con las noticias de temblores, incendios, huracanes y otras catástrofes, y finalmente, la aplicación del petróleo al alumbrado público, para que hayan desaparecido las benditas ánimas que solían visitarnos el año 1840.

¡Oh, sencilla ignorancia de entonces!

¡Oh, terrible sabiduría de hoy! ♦